

LAS COOPERATIVAS
APRENDEN DE LAS COOPERATIVAS

*Los días 1 y 2 de diciembre de 2000, en la sede de IDELCOOP de la ciudad de Buenos Aires, tuvo lugar una **Reunión de Cooperativas y un Taller de "Formación de Formadores y Promoción de Grupos Regionales"**, con la asistencia de dirigentes de cooperativas de distintos lugares del país. Fueron dos jornadas de intercambio de experiencias, de evaluación de lo realizado desde la práctica de los protagonistas, de desarrollo de temas puntuales y de trabajo conjunto para pensar la manera de seguir fortaleciendo la Red de Capacitación e Integración Cooperativa, como una forma de abordar los desafíos que plantea la actualidad. A continuación, y considerando que puede ser de utilidad para nuestros lectores, presentamos varios artículos en los que se abordan, desde distintas perspectivas, los aspectos fundamentales de ambas jornadas.*

LA BATALLA CULTURAL
DEL COOPERATIVISMO:

democracia, participación y educación

Alberto E. Rezzónico ()*

“Las cooperativas aprenden de las cooperativas” es una propuesta que surgió en IDELCOOP frente a una situación que se nos presentó estos últimos años como clave en nuestra vida institucional. Nosotros podríamos haber seguido subsistiendo trabajando sólo para un mercado cautivo, pero nos cuestionamos si eso servía para algo más que para que un grupo de gente pudiera trabajar en una estructura educativa. Este cuestionamiento nos llevó a la conclusión de que de ninguna manera debíamos operar de esa forma. IDELCOOP es una Fundación de Educación, de Investigación, de Asistencia Técnica y, por lo tanto, tenía que tratar de ser un promotor del debate, no una estructura que viviera de un mercado que consume cualquier cosa que se le ofrece. Esta fue una primera decisión. La segun-

(*) Presidente de IDELCOOP

da decisión pasó por entender que no tener un mercado cautivo significaba tener un producto viable; es decir, que si no servía no debía usarse, y si tenía que usarse igual, era necesario generar aportes para mejorarlo hasta que sirviera. La tercera cuestión que tuvimos que resolver en esa línea fue si nosotros teníamos ese producto. En la situación del país, no lo teníamos. ¿Cómo lo fabricábamos, entonces? Consultando a quienes estaban trabajando en las cooperativas todos los días. No es útil hoy tener productos enlatados, ya que la realidad es muy variable y muy conflictiva; entonces, había que salir a buscar esa realidad y tratar de construir de allí para arriba. El dirigente que quiere hacerlo tiene que darse cuenta, hoy más que nunca, de que no tiene las respuestas, de que tiene que abrir la oreja más que la boca, para escuchar primero y después tratar de organizar lo que haya. Tampoco se pueden proponer grandes cosas cuando no hay quien las siga.

La consulta a las cooperativas derivó en la propuesta “Las cooperativas aprenden de las cooperativas”, un slogan que no surgió de IDELCOOP sino de las propias cooperativas. Esto fue una consecuencia lógica de los pasos anteriores y de la orientación que se pretendió dar a la Fundación. El Encuentro de Cooperativas realizado los días 1 y 2 de diciembre de 2000 en IDELCOOP pretendió dar continuidad a esa orientación a través de una metodología participativa, vehiculizada en el intercambio de experiencias y los aportes de cada cooperativa a la construcción de las acciones futuras.

No hay dudas de que actualmente estamos frente a una batalla cultural. Pero lo cultural entendido como los valores a los que adhiere una comunidad, como lo que la comunidad genera y cree valioso, no como lo académico, lo intelectual, como a veces creemos. ¿Y dónde vemos algunas cuestiones prácticas de esa batalla cultural que se nos está escamoteando? Tenemos, por ejemplo, el caso de los bancos, sobre los que cae la vieja discusión de si son servicios públicos o empresas privadas lucrativas; inclusive hay quienes dicen que no llegan a ser un servicio público, pero que sí son empresas de interés público porque necesitan la autorización del Estado para funcionar. Entonces, también allí podríamos coincidir con una parte de la doctrina administrativa que dice que son servicios públicos. Y si avanzáramos un poquito más, diríamos que para los que nos enrolamos en la corriente de la economía social, la actividad social que se dedica a la producción, distribución y consumo de bienes y servicios ¿no es un servicio público que todos nos damos a nosotros mismos?, ¿o la única forma de concebir la actividad económica es la explotación de unos por otros? En última instancia, todas las cooperativas deberíamos sentirnos servicios públicos. El problema es que cuando hablamos de servicios públicos siempre pensamos en el Estado o en la actividad privada. En

la privatización y desmantelamiento del Estado que se generó en el país, ¿alguien se acordó de los usuarios? En este debate cultural que hicimos, ¿alguien tuvo en cuenta al usuario capaz de autoabastecerse de los servicios que necesita? Si se lo tuvo en cuenta, fue para no permitirle llegar a organizarse. Esta es la realidad. Lo hemos visto en la concentración bancaria, lo estamos viendo en la concentración de seguros, en el trato que reciben las cooperativas de trabajo, en lo que está pasando con las cooperativas de construcción o de vivienda. Por lo tanto, nos vemos abocados a una especie de doble mensaje que suele ser bastante alienante, que por un lado nos dice: «La economía es esto, y todo lo que no es esto no es científico, no es bueno, es pernicioso». ¿Y qué es esto en lo que consiste la economía? Que nadie controle nada y todo el mundo tenga la posibilidad de explotarse mutuamente a niveles que le permitan crecer y desarrollarse; es esa competencia cuasi salvaje la que determina que el hombre genere actividades creativas de riqueza. Esa actitud es la que se impone. Pero esa actitud genera incendios sociales, porque queda excluida cada vez más cantidad de gente de ese proyecto de desarrollo económico; y una vez que está el incendio, se acude a un mensaje falaz de “apoyo” al cooperativismo para que éste actúe como bombero, apagando los incendios que otros generaron. Pero nosotros somos bomberos con mangueras pinchadas por el propio sistema que ahora nos llama. Y la pregunta es: ¿Para qué nos llama? ¿Se llama al cooperativismo para que modifique la estructura social en un sentido positivo, de mayor justicia social y de mejor calidad de vida? ¿O se lo llama para tapar los agujeros que el propio sistema genera? Porque tanto aliciente al cooperativismo, cuando por otro lado se generan disposiciones que contrarrestan sus posibilidades de actuación -y eso se da en todas las ramas-, significa que hay una elección de un tipo de cooperativismo que sirve al sistema y otro que no sirve. Cuando nosotros vemos que parte de nuestros compañeros están en posiciones que no coinciden con las nuestras, y decimos que están traicionando al cooperativismo, no es que lo estén traicionando, sino que estamos todos metidos en la misma gran discusión de determinar qué cooperativismo queremos: ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia el cooperativismo tapa-agujeros? En este debate aparecen diferencias entre nosotros que tenemos que procesar con amplitud y sinceridad absolutas. No va a haber unanimidad, por supuesto. Pero el único que puede quedar excluido es aquel que advertimos que opera, no por el interés común, sino por su propio interés. Cualquier dirigente cooperativo, de cualquier nivel, que empiece a operar a favor de su propio interés, obviamente queda excluido; pero no todos los demás. Hoy está en discusión un anteproyecto de modificación de la Ley de Cooperativas, que en este momento no tiene estado parlamentario, pero que incluye o pretende incluir la figura del inversor privado, del inversor capitalista en las cooperativas, siguiendo algunas modificaciones legales europeas. Esto es pro-

ducto del mismo desconcierto, de suponer que claudicamos ante la propuesta de que la única manera de generar actividad económica genuina es la competencia despiadada y el afán definitivo de lucro.

Abrir espacios para la discusión

Frente a esta situación, es necesario que nos demos tiempo y espacios para discutir. En este sentido, IDELCOOP, humildemente, pretende ser un espacio. Habrá otros, en buena hora que se sigan generando espacios para la discusión, porque en última instancia es lo que nos ha inducido desde la Fundación a tomar esta ruta: abrir espacios de discusión. Hace un tiempo hubo una cantidad de cooperativas inquietas por el tema de la desregulación en Salud que dieron vueltas por una cantidad de lugares sin poder organizarse ni saber bien lo que querían; entonces IDELCOOP abrió un espacio, generó un gabinete de cooperativismo de salud, y de ese espacio de discusión hoy hay, en funcionamiento y en crecimiento permanente, una propuesta de una Federación ya viva a nivel nacional. Tenemos que dar una respuesta también en ese sentido: discutir. Por eso hablamos de «construcción del conocimiento». A nivel de administración de empresas, hace tiempo que venimos escuchando hablar de «deconstructivismo», es decir, desarmar cosas que no sirven, crear caminos laterales, resolver las cosas no por la lógica tradicional sino a través de preguntas que hasta pueden parecer absurdas. La organización y administración de la empresa capitalista sigue esos terrenos y, en esa búsqueda, ha encontrado muchas de las cosas que son patrimonio de las cooperativas para proponer. Entonces, yo creo que nosotros también tendríamos que decir: «Vamos primero a deconstruir todo lo que las cooperativas y los cooperativistas incorporamos como slogans que no nos sirven y vamos a construir a través del debate lo que sí nos sirva». Lo que queremos es hacer una construcción de un conocimiento, pero para un tipo de gestión que es distinta de la otra, o pretende serlo: **es construir conocimiento para la gestión cooperativa**. Y en este sentido, los que más pueden aportar son los que la viven todos los días. No se trata de transmitir lo que dicen los libros, sino de elaborar lo que surge de la realidad. Respecto de esto, nosotros tenemos dos puntos clave: uno es la **democracia**, y la democracia de gestión no está unida al capital; el capital es un instrumento más al servicio de la empresa, pero la gestión es democrática. El otro es la **participación**; sin participación las cooperativas se burocratizan, terminan siendo manejadas por un grupo; se sostienen como empresas pero sin contenido social, lo que es no tener ninguna diferencia con las otras. Y si la cooperativa es la única prestadora de determinados servicios, no tendríamos que tener ningún prurito en decir que se parece más a un monopolio que a una cooperativa, porque no está funcionando bien. La única

manera de insuflarle otro espíritu es la participación. Nosotros tenemos la obligación de transmitir permanentemente esto, porque es la única forma en que nos vamos a ir nutriendo unos a otros, como pretendidos dirigentes de un movimiento social.

Por último, la cuestión de la participación se vincula directamente con el tema de la educación. La educación tiene que ser motivadora de cuestiones esenciales que tengamos que resolver, no tiene que ser una educación de carácter técnico o que venga acompañada de palabras raras o difíciles que no entienda nadie. Y esto es así porque la educación no es un lujo en las cooperativas; tenemos que ir de los principios a la realidad y de la realidad a los principios, en una relación dialéctica que no se termina nunca; porque donde se corta esa relación y no podemos determinar si lo que estamos haciendo responde a los principios, cuando nos queremos acordar estamos actuando como cualquier empresa explotadora o como cualquier empresa lucrativa, sin que nos importe mucho cuál es el efecto que tiene sobre el medio ambiente o sobre el medio social. Lo único que puede nutrirnos desde el punto de vista educativo es la voz y la experiencia de vida de los propios cooperativistas. Alguien dijo: “La educación vuelve”. Y no se equivocó.